

9-30-2010

Presentación y edición de Damián y el verano, una novela inédita de Manuel Granados

Madeline Cámara

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Cámara, Madeline. 2010. Presentación y edición de Damián y el verano, una novela inédita de Manuel Granados. *Revista Surco Sur*, Vol. 1: Iss. 1, 57-63.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.1.1.15>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol1/iss1/17>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Madeline Cámara

Presentación y edición de *Damián y el verano*, una novela inédita de Manuel Granados

“Somos por ellos, hasta tú”, reza una frase clave en el fragmento que he tomado de una novela inédita que hace más de diez años tuvo la confianza de dejar en mis manos Manuel Granados (Camaguey, 1930 - París, 1998). Esta nota, pedida por su hijo Ignacio, y por el director de la revista, tratará de explicar el criterio de selección de estas páginas. Imposible por su brevedad poner en contacto la obra del autor de *Adire y el tiempo roto* (1967), novela imprescindible para los estudiosos de la literatura afrocubana, como ya dejó sentado el número especial de *Afro-Hispanic Review* (22, 2006) que editó Lourdes Martínez Echezábal en homenaje a Granados.

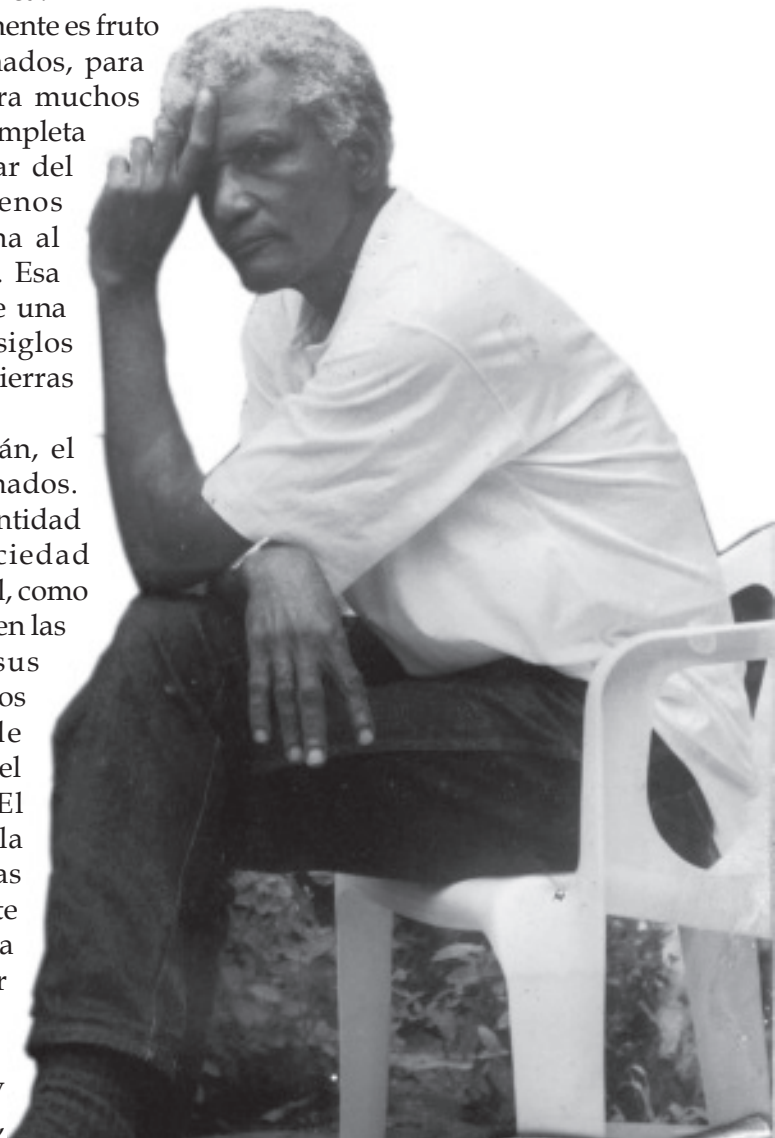
Hablemos entonces un poco del amigo. Yo pasaba por París, en aquel verano de 1997, y me quedaba con su compañera Dominique; Manolo estaba en la casa del campo, donde escribía mejor. Me pidió dos cosas por teléfono: que no me enamorara de un franco-argelino (no le hice caso); y que lo ayudara a editar *Damián y el Verano*: tampoco tomé muy en serio su pedido, aunque se lo prometí. Ignoraba que no volvería a verlo.

El tiempo corre de otra forma en este lado del Atlántico y arrasa al pasar hasta con las promesas. Aunque he guardado celosamente esa versión de la obra, y la leí con placer desde el momento del viaje de regreso a mi casa, nunca pude darle esas sucesivas lecturas que debe hacer el editor. Alguien las hará, me digo aún, y aguardo a que un día la novela sea publicada para enriquecimiento de la literatura hispana contemporánea.

Esta obra que hoy conocen parcialmente es fruto de una etapa de madurez de Granados, para quien el exilio significó lo que para muchos escritores cubanos: una visión más completa de su Patria, y en el caso particular del exilio post’ 59, una mirada menos ideologizada. Por ello más cercana al hallazgo de lo que llamo la Matria. Esa matriz, para la nación cubana, tiene una Voz negra, inaudible aún cuatro siglos después de haber llegado a estas tierras provenientes de África.

Es esa la Voz que rescata Damián, el protagonista de la novela de Granados. Hallarla será entender su propia identidad como joven inmerso en una sociedad demasiado pegada a sus consignas. Él, como individuo interesado en su pasado y en las vidas de sus ancestros, oirá a sus mayores – vivos aún – y también a los muertos – aquellas Voces que le hablan desde los árboles – (siempre el Monte, protegiendo al Negro). El reencuentro con la familia Golas, la convivencia con alguno de ellos, las historias que llegaron a él oralmente – visionariamente – como se aprecia en estas páginas, le ayudan a recobrar la Memoria, ese acto ritual por el que debe pasar toda Persona.

Damián se inicia en “su verano”, y se agradece la sencillez del título,



Manuel Granados

pues revela lo que a veces pasa inadvertido. Que basta un período lúcido en la vida de un ser humano para ver profundamente tanto su pasado como su futuro. Para apoyar el viaje iniciático de su personaje, que es también un viaje por los caminos de la Historia, ¿hasta qué punto se sirve Granados –como antes Asturias o Cabrera en la literatura latinoamericana– del llamado Realismo Mágico? La pregunta queda en el dintel de esta nota. Pero aunque parezca que el uso del término está trasnochado, no es despreciable el recurso de volver a la Magia para hablar de nuestra peculiar realidad.

Pero insisto: esta no es una obra sobre Cuba y la raza negra, sino también sobre la Persona, y en ese sentido un poco deudora en la composición de la tradición europea del *bildungroman*. Yo creo que, luego de la conversación con la tía Ana Luisa que narran estas páginas, Damián será un joven distinto. Porque sabe de los amores de su madre, Juliana, y de los ardores de otras mujeres de su Casa; ha podido al fin reconocer el retrato de su abuelo, ha tratado lo imposible: identificar a los mellizos, y sobre todo, ha aprendido a escuchar y aprender de los ardores de otras mujeres de su Casa, y a revivir con ellos la presencia de los Orishas que los han protegido, que nos protegen. Y observo, a si sea de paso, que son mujeres las que educan a Damián, y con ello subrayo un valor ya apuntado por Conrad James en la obra de Granados: subvertir con su narrativa –simultáneamente– los estereotipos de raza y sexo en la cultura patriarcal cubana. Esto lo confirmé de primera mano, luego de haber compartido con el escritor buenos ratos de charla, donde le oí hablar con un humor y una sabiduría que le venía de muy lejos. Pocas personas he conocido en mi vida más genuinamente iconoclastas que Manolo.

Regreso ahora a la textualidad –a esa urdimbre que un escritor teje entre su cosmovisión y un tipo de escritura–. En esta novela, el trabajo con el diálogo, el punto de vista, los narradores que se alternan, y finalmente con el lenguaje mismo –heteroglósico en el más cabal sentido del término– muestran a un escritor en su total dominio del tema y de los recursos para explorarlo. Pido excusas por caer en las jergas de la academia, pero tengo que recurrir al vocabulario “heteroglossia” de Mijail Batjin –que lo reinventó todo después de escapar de la ortodoxia del Marxismo– para dejar dicho que la maestría de Manuel Granados reside en dotar de Presencia y Agencia al Sujeto negro. No simplemente lo representó, validando una cultura, ni remedando vocablos empapados de un sentido originario. El *tempo* en el habla de los personajes, sus tonos, sus contextos, y particular espacialidad en que se mueven los varios actores de este fragmento seleccionado, son para mí la más fehaciente prueba escrita –no quería otra mejor mi querido amigo–, de que él supo traer al presente del lector a la familia Golas, esa herencia negra de nuestra dispersa cubanidad: una raíz imprescindible.

Fragmento de la novela *Damián
y el verano*

del escritor cubano

Manuel Granados

58

Tenía la convicción. Bajo el techo de los Golas había adquirido firmeza. Integrado al grupo familiar, rápido manejó el nombre de cada uno de los habitantes de la casa y de los que a menudo deambulaban entre los árboles. Comprobó que el anciano no lo vigilaba, sencillamente era curioso y se movía con sigilo.

Esa mañana, desde la puerta de su cuarto, el primo llamado Meño no dejaba de mirarlo. Los chiquillos Joselín, Nacho y Selmita, interrumpieron los juegos, para alegres y afectuosos saludarlo.

Recostado a la baranda del comedor observa. Persigue las jargarretas del sol entre las hojas y se da respuesta:

Pero insisto: esta no es una obra sobre Cuba y la raza negra, sino también sobre la Persona, [...]

“Es así Damián: Ada Luisa te sorprende la mirada ida. La vieja tía piensa que disfrutas el juego infantil en los senderos del patio. Ignora lo nuevo ocurrido y no percibe tu dilatación. Creces y es su palabra la que frena esa callada hecatombe”.

—Mira el tiempo que llevas junto a nosotros y aún no te he enseñado las fotografías. Ven, hijo, ven.

“ Habitación por habitación sigues sus pasos septuagenarios. De la cómoda extrae el sobre amarillo, feo, y ayudado por la tornasolada claridad a través del cristal, miras las fotos. Primero ella y tu madre”.

—Éramos vírgenes. Juliana y yo éramos vírgenes. Juliana ya no lo es.

“Maliciosa reía, mientras nervioso auscultas las fotografías: muy elegantes, de sombreritos hongos, escotes de vuelos y entre dos, collares largos y abanicos, muy *belle Epoque*, incluso las poses, y te maravilla tanto garbo. Hasta las sirvientas parecían de rango, meditas y también piensas. Cada foto es una ocasión y cada ocasión es un dato”.

—Estas fotos son de cuando los quince años de Carmenchú y la boda de Inés, de los Golas de Manicaragua. Ella era nieta de Manuel el primero e hija de Cacho. Un día Cacho se fue a Las Villas a cortar caña, por allá pagaban mejor, decían. Se quedó por aquella vuelta e hizo familia. De aquí fuimos muchos a la boda de la prima. ¡Qué fiestón!

Mira, esa foto es del entierro de Susana. Durante años vivimos juntas en la casa de José, éramos tan niñas. Fíjate en las dos parejas de caballos, empenachadas y cubiertas de blanco. Al regreso del cementerio su madre, tía Clotilde, se sentó en una butaca y nunca más se pudo levantar, fue muy raro. Ni los santos pudieron explicar por qué al sentarse se volvió inválida para siempre y desde entonces la Asunta apenas habla.

Y esta otra fiesta fue en una fiesta política. El presidente de entonces estuvo en Jovellanos. Saludó y habló al Taita; nunca supimos qué le dijo el presidente. Un día el barbero le comentó: “¡Vaya, hombre, gran honor, el presidente le dio la mano!”.

“Honor para el presidente”, dijo el Taita botando el humo. El fígaro quedó boquiabierto.

Y mira esta, es Margocita y sus dos hijos, Estebita y Estebón. Tachi Gola, el padre de ellos es de la casa de José, pero nacieron acá y los santos dijeron: “Aquí se quedan”. ¡Y a sufrírlas, no puedes imaginar! Antes de ellos también

hubo dos mellizos: se llamaban Cosme y Damián, como tú. La gente de allá da muchos mellizos. Damián murió después de Petra. Se hallaba de visita en casa de su abuelo José. Al final del almuerzo ocupó uno de los balances para la siesta y sin motivo aparente, porque a sano y robusto nadie le llevaba un palmo, se murió con una galleta en la mano. Dicen que a esa hora Cosme dormía acá y de pronto despertó y empezó a trompear las paredes. Vino el Taita y a rezos y palabras extrañas pudo calmarlo. Cosme se hizo un bulto y sin explicar, ni despedirse de nadie, se marchó. Años después supimos que era político. Varias veces vino a que el Taita le hiciera limpiezas de caminos y resguardos. Además sus Orishas se hallaban en el cuarto junto a los de los otros. No he sabido nada más de él. Es verdad, la gente de allá da mellizos.

—¿Pero qué gente, tía?

—Las de José, hijo, el que vino junto a Manuel el primero. De ellos venimos todos. Somos por ellos, hasta tú.

La mirada le tomó un camino de añoranzas y sin mover el cuerpo se alejó.

—¿Se puso triste, tía?

—Pensaba en tu madre. Hace mucho que no veo a tu madre, me gustaría estrechar su mano y perdonarla antes de morir, al fin y al cabo ni ella ni yo...

Interrumpió la frase y en silencio auscultó las fotos por un rato.

—A Juliana la escogieron para Marcos, era muy callada, ninguna mejor. ¿Sigue así?

Cariñosa depositó la mano arrugada en el hombro de Damián.

—Y sin embargo, lo recuerdo muy bien, como si fuera hoy. En la cocina, sin que estuviéramos de plástica, Juliana hizo sentir su voz: “Mierda, mira que Meño es hermoso!” —¿Y qué has dicho Juliana?—. “Siempre oyes mal Ana Luisa, no he dicho nada”, fue la respuesta, pero sí había dicho, estoy segura. En cuanto a tu padre, lo conocí bien, yo no existía para él.

Enderezó el cuerpo y de nuevo, vital, agregó:

—Juliana tampoco, él nada más tenía ojos para Carolina.

Las manos le temblaron y dejó caer las fotos. Lleno de pena, la viste asustada.

—¿Carolina dijo Usted, Ana Luisa?

—Quisiera volver a verla.

—¿A Carolina?

—No hijo, no, a tu madre, mi buena hermana.

Nerviosa guardó las fotos y desanduvieron la distancia entre los cuartos. Al llegar al zaguán se detuvo y extrañada:

- ¿No vas a la Casa de Cultura?
- No, debo de leer.
- Tu padre leía y escribía mucho. Nunca pude leer lo escrito, pero era una letra muy bonita.

Y recordó la caligrafía, ya sin ningún misterio para él.

- No podré olvidar.
- ¿Qué no olvida?
- El odio de Petra.
- ¿A quién?
- A tu padre.
- ¡A Marcos!
- Sí, pero ni te extrañes ni te aflijas. Marcos era de paz, la de tener en cuenta era Petra.

- ¿Y qué era ella?
- Bueno, Gola, igual que tú. Tía de tu padre, de Carmenchú y Tomasina, de la Asunta, y también mía y de Juliana.

- Comprendo.
- Crees eso, muchacho.
- Hábleme del odio.
- Lo haré, siento alegría al hacerlo y no se la razón, pero si las cosas sucedieron se debe hablar de ellas.

- Por favor, cuénteme.
- Del odio no, ahora me gustaría hablar de Juliana. Soy muy vieja, pero no de memoria. Tu madre y yo somos de la casa de José. Pues nada, que Juliana era lerda, incapacitada para el más mínimo dolor. Cualquiera disloque de los elementos la enfermaban. Solo callaba o se quejaba. A idea de Manuel se arrimó a tu padre. Dicen que el Taita un día se encogió los hombros y dijo: “Los santos lo desean, ellos sabrán”. Y así se lo comunicó a José: “Es lo mejor... El hijo de Belisaria es muy raro, y tu nieta a entretenida nadie le gana”.

Cuentan que José saboreó el tabaco y por rato mantuvo la boca cerrada. Cuando la abrió fue para, lleno de calma, preguntar:

“¿Podrás decirme, Manuel, el nombre dado por Urúmbila a mi sobrino nieto?”

Antes de dar respuesta Manuel se rascó la barba y meditó en lo dicho por Urúmbila, pero al final contestó:

“Te diré, hermano, por mucha indagación en el tablero y los caracoles, una y otra vez Urúmbila dio el mismo nombre, Ire-Aritú”.

“Dígame Usted”, exclamó José, – “eso quiere decir, el que está entre dos aguas!”

Los Taitas tropezaron la vista de una manera que iba más allá de ellos. Al final José sonrió.

“Desde el principio Olorum los hace. A lo mejor es para darnos pasto de entretenimiento u honrarnos. Bienvenido es el vástago”.

“Hecho entonces” dijo Manuel satisfecho. Después preguntó curioso:

“¿Y qué dirá la muchacha, si ella y el de aquí apenas se han visto o hablado? No creo que mi nieto se desplace hasta tu patio para ver quién será su mujer”.

“No es problema, Manuel, las entretenidas jamás se niegan a tomar varón, conoces a alguna así?”

“Nunca lo he visto, pero que este bicho extraño tome hembra está por ver”.

“La tomará, Manuel, la tomará. Por ahora haremos que la muchacha y su hermana estén unos días por acá”.

“No hay más para hablar, abre el porrón y démonos dos buenos tragos, no crees?”

Esa conversación ocurrió una noche de Pascuas. De ese modo vinimos a vivir en esta casa. Yo a acompañar a Juliana durante un tiempo porque hasta entonces habíamos tratado poco a los primos de acá. Meses más tarde hubo enfermo en la casa de José. Juliana se marchó, cuando regresó ya no era virgen.

Ana Luisa volvió a reír mientras repetía – Ya no era virgen la Juliana, ya no era, ya no era.

– ¿Pero Usted no la acompañó a la otra casa?

– No quise. Me quedé donde desde hace mucho pertenezco. Aquí hallé lo más hermoso en la vida. Siempre será nítida su presencia.

– ¿Qué halló, tía?

– Déjame no hablar de eso. Mejor digo que tu padre nada más miraba a Carolina –, y lo dijo temblorosa y de vista baja.

– ¿Carolina?

– Sí, de ella existen dos fotos. Una en tu casa en La Habana, la otra en el zaguán de aquí, pero no te apures, ya te cuento. No siento vergüenza de nada. La vida de uno y la de los otros es una mierda. Las cosas se ensucian cuando empezamos a exigirles respuestas. ¿Ves las ratas? Nacen mochas y no cuestionan, es posible sepan la respuesta en otro aspecto de mundo que no les pertenece.

“Dios mío, mándame a Sebastian K”, murmuró mientras disfrutaba el extrañamiento a plenitud.

– Continúe, tía, por favor.

– Ya te dije que la gente de José daba muchos mellizos. A Cosme y Damián le siguieron Estebita y Estebón, estos últimos vinieron señalados por el maligno, ¡Jesús, María y José!

Ana Luisa hizo la señal de la cruz. – ¡De su mala sombra líbranos, señor!

Se incorporó y miró al patio – Aunque no lo veas él siempre nos ve –.

Pensó en el anciano entre los árboles.

— ¿Y qué es de ellos?

— Hace muchísimos años murió uno.

— ¿Cuál?

— Si lo supiéramos. El día del caso, desde la cocina uno de los dos dijo: “Él está muerto en el cuarto de las herramientas”.

Corrimos al lugar y era cierto. Estaba de pie y recostado a la silla de monta, muy lejos de parecer un recorrido. Cuando los hombres lo cargaron y acostaron en la columbina, fue Ñita la que, a rajatabla, le preguntó al del aviso:

“¿Y tú quién eres, Estebita o Estebón?”

“Abuela, yo soy yo”.

Ñita cerró los ojos, respiró suave y dijo:

“Lo temía”.

Entonó rezos en su lengua y en espera de lo peor insistió:

“Quiero saber quién es el muerto”.

El mellizo asombrado trató de aclarar “Abuela, él es el muerto”.

Ñita se acercó a la Margocita que se hallaba perpleja y le secreteó:

“Nunca lo llegaremos a saber”, dio un bastonazo en el suelo y ordenó: — “Avísenle al extremeño”.

— ¡Coño! — exclamó Damián — ¿Y el mellizo vivo?

— Siempre está en el patio, caza las ratas, las atrapa en jaulas, les corta el rabo y las suelta.

— ¡Mi madre!

Ana Luisa prosiguió: — Lleva tantos años cortando rabo que ya nacen mochas. No se quien le preguntó y él dijo: “Las cosas pueden ser al deseo de uno. No hay que saber mucho para eso”.

— ¡Es extraordinario!

— Estamos acostumbrados. Cuando vemos una rata completa sabemos que no es de esta casa. ¿Te sorprende, verdad?

Tu abuelo tenía su familia... Cuando por primera vez dijo en la puerta de la casa: “Buenos días tengan todos”, Petra se pinchó un dedo con la aguja de bordar y le dijo a una de las primas de labor junto a ella: “¡Es él, viene por mí, anoche lo soñé! Y quedó pegada a la silla. Lo miraba y lo miraba y hasta hubo que tirar de ella para levantarla.”

De esto personalmente no me acuerdo, pero me lo han contado. Ñita hablaba mucho de la pérdida de tino en Petra a partir de la llegada de Laudelio. Se metía los dedos en la nariz, rabiosa se comía las uñas, perseguía las moscas y les gritaba insultos. Un día a la hora del almuerzo, delante de todos levantó la saya, se

agachó y orinó en el zaguán. Pero lo imposible de olvidar fue la noche que la oyeron cantar en el corredor: “Estrellita, estrellita, dile a Pisa Bonito que venga a pisarme”.

Fue un mal tan furioso, que esas tías abuelas tuyas a la fuerza la escondían en los cuartos para evitar lo peor. Si el Taita y los otros le oían las desvergüenzas, le daban buena zurra de sogá de buey mojada y le ponían compresas frías ahí.

— ¿Ahí dónde?

— En la cosa... ¿De qué modo crees tú se atajaba la putería en las muchachas?... Ella tuvo suerte. Un día en la mesa Ñita dejó de comer y se puso a mirar al Taita:

“¿Qué miras mujer?”

“¿Y qué se hace Manuel?”

El Viejo molesto tiró el paño de las manos y se incorporó de la mesa. “No se me ocurre nada, le preguntaré a ellos”.

Al poco rato regresó. “Dice Urula que dejemos correr el río”.

Después de eso aceptaron y se pusieron a mirar de buena manera el que Petra y Laudelio se arrimaran o hablaran de matrimoniarse, pero el Laudelio era conecedor de la trama, hacía el perfecto tonto.

Una madrugada se levantó a hacer aguas en el patio. Ido, como se ponen ustedes cuando mean, se quedó tieso al ver a Petra asomar por detrás del tamarindo.

“Oye Laudelio, písame, anda”. Dice Ñita que lo oyó la casa entera y los hombres se arreujaron. En las camas y las hamacas se hacían los dormidos, pero les fue imposible. Bajo el pisa bonito gritaba las indecencias más grandes que alguien hubiera oído. Según Ñita, el Taita comentaba bajo el mosquitero: “Ni en la casa de Madeleine la guadalupeña”. Esa era la casa de las mujeres malas... Ay hijo, no puedo aguantarme — dijo Ana Luisa — y comenzó a reír sin contención. “Pisa más, Pisa Bonito, pisa más”, decía burlona. A su lado, Damián se alegró igual.

Años después Ñita nos contaba el caso. Yo no podía con la risa, casi me moría, te lo juro. Tomasina y Carmenchú rezaban, se persignaban y decían: “Jesús” y “Virgen Santa”. Fue Ñita la que les gritó: “¡mosquitas muertas!”

Destapó la olla y observó la masa. De la cazuela brotó el olor almendrado que llenó la cocina.

— Vamos al zaguán, ahí verás a tu abuelo.

Al llegar señaló los retratos.

— Es el tercero a tu izquierda.

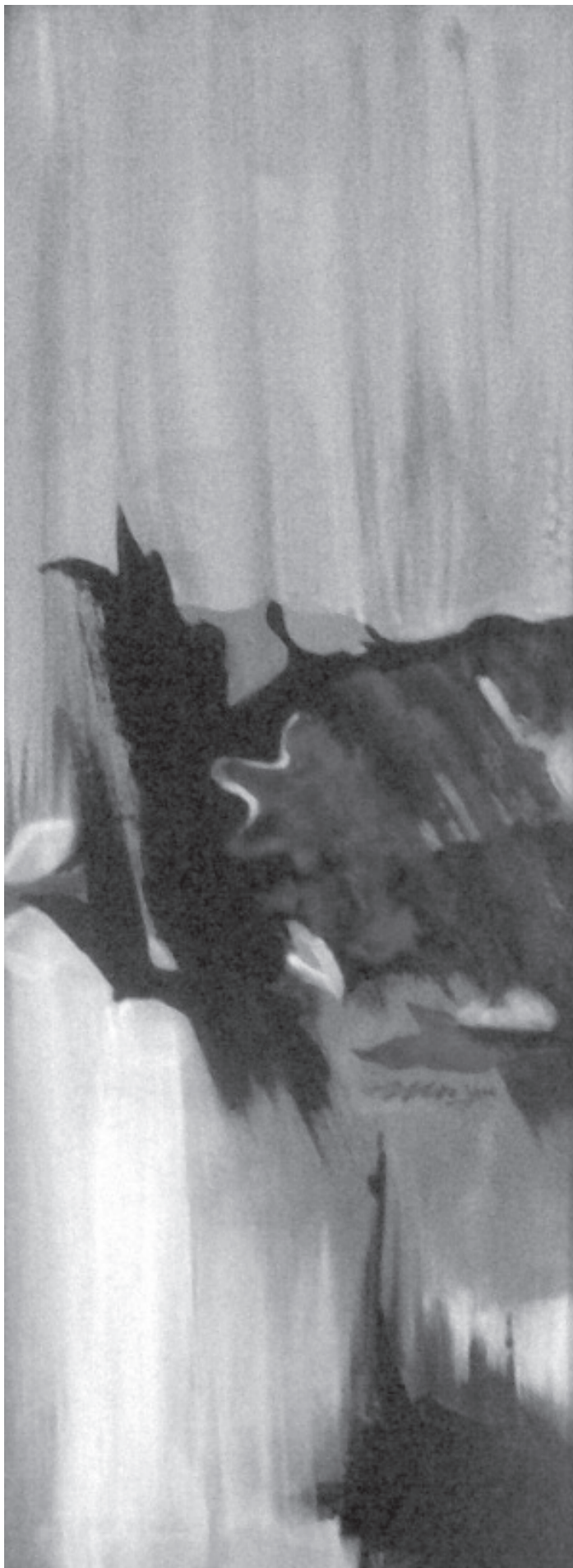
Recordó que cuando niño, al pasar frente a los cuadros, más de una vez pensó “lindo es el Marcos”, y resulta que no era su padre sino el abuelo. Ahora fija el detalle del traje de época. — ¡Pero casi tienen la misma cara! — comentó asombrado.

— Es el motivo del odio, — dijo Ana Luisa —. Belisaria tu abuela se las traía: Era igual a Petra en muchas cosas y ella sí fue el desquicio de Laudelio. Yo no la memorizo bien pero la comparan a la candela, dicen que ni de chancletas Petra le podía servir. Belisaria ponía fuego aún en los hombres de aquí, su sangre cercana. Aunque aquí siempre hubo que cuidarse, que una era joven pero no tonta. En un fin de fiestas de San Juan y San Pedro, durante los toques de ceremonias, los santos se fueron apropiando de las cabezas de sus caballos. Los tambores se iban locos y sin que nadie lo esperara el primo Dionisio Caramelo (ese era el nombre de uno de los muchachos de entonces y nadie sabe qué se ha hecho) fue poseído por Aggayú. Changó y Oggún se mantuvieron quietos y los tambores dejaron de sonar. Para la boca abierta de los presentes, Belisaria, sin tener en cuenta la mudez de los cueros, güiros y cencerros, ni la presencia de Aggayú que recibía presentes, frente al Laudelio inició una danza llena de insinuaciones. Me cuentan que a tu abuelo se le revolvió la sangre y se lanzó al mismo centro de Belisaria.

Ella no era remilga en eso de buscar pleito, bueno, hija de Yemayá y Oggún. De repente, un mediodía le dijo a Petra en alta voz: “El Laudelio recorrerá mi cuerpo cada vez que se me encienda, él es el único para deshacer esta hambre y nunca podrás imaginarlo tuyo”.

En ese momento Petra bajaba la cazuela de quimbombó, y sin pelos en la lengua ni importarles la cara del Manuel el primero, llena de risa contestó: “Puede ser Belisaria, pero caro lo vas a pagar”. Al cabo de los meses Belisaria parió a tu padre y este traje la misma cara de Pisa Bonito, ya puedes pensar.

Un día que Belisaria amamantaba al crío, Petra se recostó a la alacena frente a ella y comenzó a dar gritos: “Caro lo



Manuel Olivera Álvarez (MOA), *Fulgores*



pagarás, Belisaria, caro la pagarás” e igual que vino se marchó al corredor y voceó a Julio Andrés.

—¿A Julio Andrés?

—Sí, sí, Meño era el sobrino predilecto, para no olvidar revisó mucho las fotos de aquel tiempo y de buena estampa era el Meño. Al terminar la frase hubo cierto desasosiego en su mirada. Damián lo percibió.

—Continúe, tía, continúe.

—Mi madre, que en paz descanse, solía decir: “De esa manera dio comienzo lo de Belisaria”.

—¿Qué empezó?

—Inexplicablemente Belisaria se puso en estado enfermizo. Desmejoró rápido, adelgazó y adelgazó. Llegó a parecer un hilo negro. Taita y los demás corrieron al cuartico, pero los santos cerraron las bocas. Los caracoles no dijeron nada de entender y Elegguá parecía haber desaparecido de las encrucijadas.

Los viejos llevaron el problema más allá del tablero. Los clavos, turbados, no se pusieron de acuerdo. Brillaban bajo el sol del mediodía pero cada uno dio la sombra de su capricho. El babalao traído de Matanzas tomó el tablero y escondido en el monte volvió a consultar, y cáete para atrás Damián, los clavos siguieron igual a pesar de ser otra la hora y el lugar, en fin, que nadie pudo leer el destino. Cansado porque nada podía detener el porvenir, el Taita convino en no hablar más del asunto. Belisaria entró en coma. Deliraba y repetía: “Laudelio es mío, es mío” pero la Petra, encerrada en su cuarto, no detuvo el carcajeo y los gritos: “Caro lo pagarás, Belisaria, caro lo pagarás”.

No se quién lo contó. Minutos antes de morir tu abuela le rogó al Taita que trajeran a Petra junto a la cama. Lo hicieron así y ella de pie junto al lecho tuvo que oír los murmullos de tu abuela. “¿Me oyes, Petra?”

“Dime Belisaria”, contestó Petra, preparada a no dar el perdón que le pedirían.

“Escucha, hermana... Laudelio tiene entre las piernas las llaves del paraíso y con ellas me abrió la puerta de lo cierto, ¡lo sentí dentro! Le di tanto, que ni cuando noches enteras galope sobre ti, lo sentirás. Él está atado en mi carne y alma”. Tu abuela dijo eso y se murió.

—¡Carajo!— dijo Damián.

En 1967, Manuel Granados recibió **Mención** en el concurso de novela de Casa de las Américas, con *Adire y el tiempo roto*, otorgada por un jurado compuesto por José Lezama Lima, Julio Cortázar y otros prestigiosos escritores. “Libro desbordante y generoso, que revela un gran talento”, dijo Julio Cortázar.